

De como Don Quijote, en las diez de últimas
hace testamento antes de espichar

Quando tocan la polca del espiro, la Parca le saca boleta para el raje al más pintado, porque no hay en ese trance quien se le apiole. Por lo mismo, no iba Don Quijote a salvarse del guadanaço de la que ya andaba afilando el naipe alrededor de su catre. Fane' y descangayado, la fiebre lo tuvo seis dias tirado en la catrera, en los cuales fue visitado muchas veces por sus gomias; el cura, el bachiller, el peluquero y el macanudo de Sancho Panza, cadenero de todas sus aventuras.



Estos, mancusando que el origen de la pazzia que aquejaba a Don Quijote se debía a los piantes que le copaban la sabiola a causa de su quimérico camote con Dulcinea, procuraban alegrarlo y le hacían el filo con distintos parlamentos; el bachiller lo animaba a que se levantara y saliera de garufa para darse a la vidurria y, al modo bucólico de Sannázaro, le batía el chamuyo de que ya había comprado, con su propia guita, dos ropes bien vigiles; Barcino y Butrón, para que vigilantearan los campos y la hacienda imaginaria, pero era al cuete, nada de esto conseguía librarlo del esplin. Estos gomias llamaron al tordo para que lo revisara; éste le tomó el pulso y dió a entender que el pobre estaba más cerca del arpa que de la guitarra y que el asunto era más para el quia e la sotana, que para él. Don Quijote lo escuchó sin canquelo, no así su escudero, la serva y su sobrina, que lloraban de cayetano con la premeditación de verlo difunto. El tordo dijo que si el enfermo no amuraba con la pazzia, se les iba a ir en banda. Pidió Don Quijote que lo dejaran solo porque quería atorrar un rato; así lo hicieron y apolijó de un tirón seis horas, tanto, que la serva y la sobrina pensaron que había espichado en el sueño. Al cabo de ese tiempo, despertó dando alabanzas a Dios, que tan generosamente perdonaba las fulerías de los hombres.



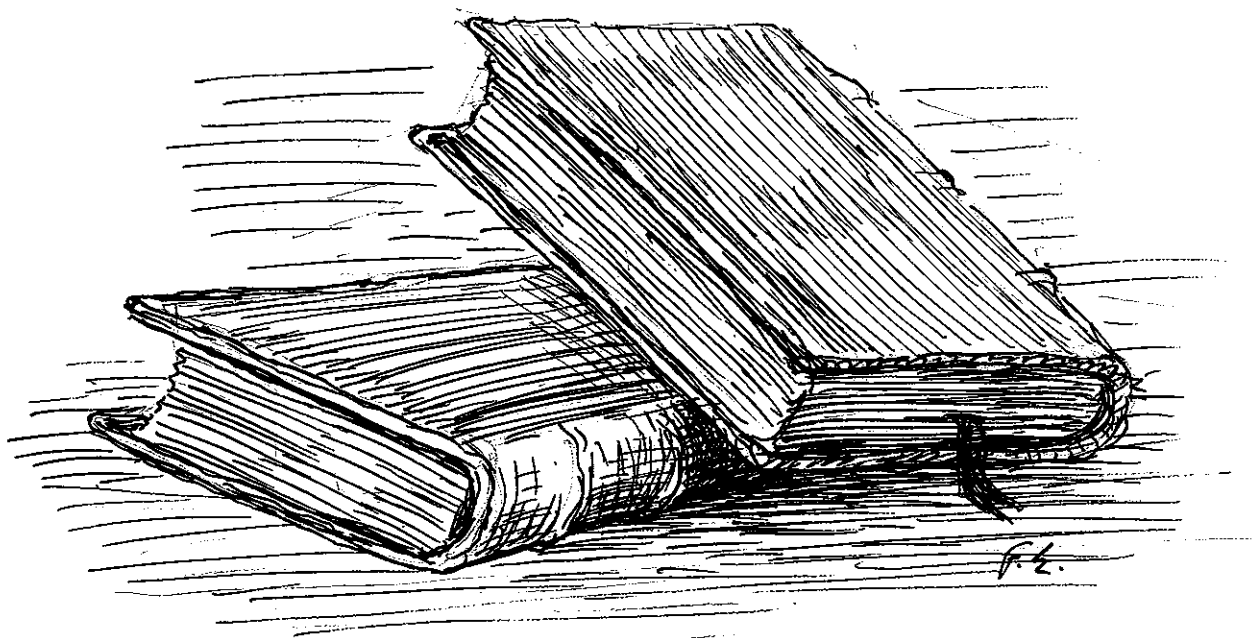
A la sobrina, que campañaba atenta la situación, le parecieron tan posta esas reflexiones que quiso saber a qué fulerías aludía Don Quijote y el pobre, haciéndose cargo de su pasado colifa, acreditó a la misericordia divina el retorno de su razón y sólo lamentaba que le llegara tan tarde, cuando ya estaba con un pie en el jonca, echando culpas a los brotis de caballería, responsables del estrafute y a su ignorancia, que lo privó de leer libros más pidos. Mancusando que en la vida uno es lo que deja, no quería ser recordado por sus andanzas de piantao ni por su mote. Decidido a confesarse y a hacer testamento, pidió a su sobrina que hiciera entrar a sus gomias, Sansón Carrasco, el cura y el peluquero Nicolás, a los que recibió con espamentosas manifestaciones de alegría, al tiempo que les decía: — Felicitenme! Ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino que he vuelto a ser Alonso Quijano, el Bueno. Reconozco que he sido un pejerto al embalurarme con locas macanas y les bato que me declaro enemigo de Amadis de Gaula y de su filisteo linaje. Los tres desconfiaron de su repentina salud mental y Sansón le dijo entonces: — ¿Justo ahora que pudimos librar a Dulcinea de sus embrujos, nos viene con esa milonga?; Ahora que vamos a tener campos por donde andar lo más piolas a disfrutar del dulce far niente, me sale con esas? — Amigos, contestó Don Quijote; yo ya estoy forfai, a la puerta de la Quinta del ñato; defense de macanas, traigan un confesor y un escribano, que quiero hacer testamento. Convencidos los gomias de que al borde de la tumba había recobrado la razón, salieron en busca del escriba, dejando que el cura lo confesara.

Volvió Sansón Carrasco al rato con el escriba y con Sancho Panza, a quien también se le caían las lágrimas al ver a la serra y a la sobrina llorosas. Cabuleando el cura que Alonso Quijano, el Bueno, se moría, salió de la pieza para dar entrada al escribano. Luego que el notario, como es de rigor, encabezara el testamento, dijo Don Quijote: — Después de pagar mis deudas, los mangos que queden, se los dan a Sancho, que me bancó y fue ladero de todas mis menesundas. Si estauo loco, lo hice gobernador de la insula, estando cuerdo le daría si pudiera, un reino, porque es un tipo pulenta, un tipo de fierro. Y mirándolo le pidió perdón por haberlo engrupido con el yeite de la caballería andante y haberlo hecho ladero de todos sus piantes. Sancho, conmovido, le pedía que no espichara, que se levantara, que no se dejara vencer por la fiaca, que la peor de todas las locuras era dejarse morir y que aún tenían que ir juntos por esos campos al encuentro de la desembrujada Dulcinea y agregó: Si está dispuesto a morir por haber sido vencido, écheme a mi la culpa por haberle puesto mal la cincha al yobaca Rocinante, y por ser responsable de su manecada. Pero considere que el vencido hoy puede ser mañana el vencedor. — Así es — dijo Sansón — de la boca de Sancho se escapa la verdad como el poroto è la chaucha. Señores, dijo entonces Don Quijote: los tiempos han cambiado, yo fui colifa y ahora soy cuerdo. Fui Don Quijote de la Mancha y ahora vuelvo a ser Alonso Quijano, el Bueno. Sólo pido que el arrepentimiento me devuelva la estima de ustedes y sin más le pidió al escriba que continuara.

Cerró con esto el testamento y al punto le dio una pataleta que lo dejó estrado cuan largo era. Se armó en la pieza un gran despióle y acudieron todos a atenderlo y en tres días que vivió después del episodio las mismas se repitieron volviendo la casa a enquilombarse. No obstante todos, la sobrina, la serwa y Sancho Panza, morfaban, chupaban y brindaban, porque siempre el mancusar que se puede ligar algo, por poco que sea, es posta que amura la mishiadura y alivia la pena. Y llegó el fin para Don Quijote, que murió cristianamente en su cadera, como un bacán, luego de recibir los sacramentos, cosa que llamó la atención del escribano que nunca había visto morir en la cama a ningún taita retobado. El cura le pidió que testimoniara que el muerto era Alonso Quijano, el Bueno, que crepó naturalmente, en lugar de Don Quijote de la Mancha, y que lo pedía por si Cide Hamete Belengeli, el escritor morisco, lo resucitara falsamente y cometiese de sus hazañas, inacabables historias. Este fue el fin del ingenioso Don Quijote y Cide Hamete Benengeli no quiso buchonear donde había ocurrido, para que no se lo disputaran como propio todas las villas y lugares de Castilla y terminaran a los viandagos como las siete ciudades de Grecia por Homero. Después vinieron los pianyes de Sancho, de la sobrina y de la serwa y los epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el gran cajetilla
 que tanto quilombo armaba
 montado sobre su silla.
 Si hasta la muerte rajaba

Toda mi fortuna será para mi sobrina aquí presente, Antonia Quijana, mi deseo es que de su parte le garse a la seva los salarios por todo el tiempo que me sirvió, más un vestido de regalo. Son mis testigos el señor cura y Sansón Carrasco aquí presentes. Es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina, quisiera casarse, no lo haga con cualquier perejil, que antes remanye debute que no tenga berretines con los brotis de caballería, porque si los tuviera y aún así se emberretinara por casarse, quiero que mis testigos le quiten lo que ligó y lo destinen a aliviar la miseria de los más tirados. Les pido a mis testigos que si de carambola, llegan a conocer al autor de una historia que dicen que anda por ahí con el título Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha, le pidan por favor que me perdone el haber escrito tantas giladas, pues me pianto de esta vida con escrúpulos por haber dado motivos para escribirlas.



47
pues fue de vida, semilla
y verduqueó al mundo entero
como el eucco, y no por fiero.
Poras cumplir sus berretines
por la justicia y acuerdo
vivió loco y crepó cuerdo.

Luego de sepultar a Don Quijote, Cide Hamete colgó con un alambre su pluma en la pared de la cocina, oculta entre los cacharros para que no la fueran a descubrir engrupidos malandras historiadores y terminaran bastardeándola. Y por eso advirtió:

Araca! Manga de vagos
que ninguno se haga el viro,
que este yeite es sólo mio
y lo tengo encanutado.

Porque Don Quijote nació para mi y yo para él. El supo obrar y yo escribir, mal que les pese a los manuses que se la piyan de escritores y no guardan en la zateca ni la luz de una cebita. Déjenlo apolijar en paz y habrán cumplido como cristianos y yo quedo conforme de haber sido el primero que gozó de sus escritos y comprobó cómo sus rebusques le dieron finalmente el olivo a los libros de caballería.

Fin

OTILIA DA VEIGA